

BV 43

CG

V. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

132867

3

DOMINGO II.
DE QUARESMA.
EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS THESSALONICENSES,
cap. 4. v. I. 7.

Hermanos: Os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesus, que como habeis recibido de nosotros de qué manera os conviene conversar, y agradar á Dios; así tambien converseis para ir creciendo. Porque ya sabeis, qué preceptos os he dado por el Señor Jesus. Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion: que os abstengais de fornicacion, que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificacion y honor: No en afecto de concupiscencia, como los Gentiles, que no conocen á Dios: y que ninguno oprima, ni engañe en nada á su hermano: porque el Señor es vengador de todas estas cosas, como ya ántes os lo hemos dicho y

A 2

003530

protestado. Porque no nos llamó Dios para inmundicia, sino para santificación.

DE QUARESMA

INSTRUCCION.

El Apóstol en la Epístola de este día recomienda á los Christianos de la Iglesia de Tesalonica la fidelidad á los preceptos que les habia dado por el Señor Jesus, y despues les exhorta á huir de un vicio, cuyas conseqüencias son muy terribles; pero que por desgracia está infinitamente extendido entre los Christianos de nuestros días. La decencia que exíge la cátedra de la verdad, la torpeza misma de la pasion que se ha de combatir, la dificultad de tratar la materia de una manera que no ofenda los oidos castos y christianos; ponen, hermanos míos, un freno á mi lengua quando se trata de instruiros y de preveniros contra un vicio vergonzoso, el qual hasta el día no he combatido sino de paso, y en muy pocas palabras; pero temeria tener cautiva la verdad, si no me aprovechase de la oca-

sion que nos presenta hoy el Apóstol para daros las instrucciones que dirigia á los fieles de su tiempo; conteniéndome en sus propias palabras para no ofender la justa delicadeza de las almas timoratas. Para tratar una materia tan interesante, necesito de toda la uncion del espíritu de caridad, y de la santidad del espíritu de pureza; y para que el Señor se digne concedermelo, interponed vuestros ruegos, y prestadme vuestra atencion.

Qué satisfaccion seria la mia, hermanos míos, si al empezar esta instruccion, pudiese yo decir de mi ministerio lo que el Apóstol dice de sí mismo á los de Tesalonica: hermanos, os rogamos, y os exhortamos en el Señor Jesus, que como habeis recibido de nosotros de qué manera os conviene conversar y agradar á Dios; así tambien converseis para ir creciendo; pero para hablar de esta manera, era preciso que yo estuviera bien asegurado de haber llenado el ministerio de la palabra con zelo y buen suceso. Sin embargo ya que no pueda yo contar con esta dicha, vosotros, her-

manos míos, con la santidad de vuestras obras probad que os hemos abierto los senderos de la virtud, conduciéndoos á ellos de un modo que agrade á Dios; y así os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesús, que observéis fielmente la conducta que os hemos trazado de su parte, á fin de que en adelante abundéis en perfeccion.

La Iglesia de Tesalónica era sin duda muy fervorosa quando el Apóstol tan de antemano la instruye en la perfeccion: nosotros, hermanos míos, estamos todavía reducidos á combatir vuestros desórdenes; oxalá que nuestro ministerio consiga disminuirlos. Ya sabéis, prosigue el Apóstol, qué preceptos os he dado por el Señor Jesús. Vosotros, hermanos míos, ¿sabéis también los preceptos que os he dado? ¿Habeis venido con puntualidad á oírlos? ¿Habeis tenido cuidado de traerlos á la memoria para aplicarlos á los casos particulares? Esta fidelidad en retener y meditar los preceptos del Señor, seria un gran preludio de vuestro adelantamiento en la virtud, porque la mayor parte de los desórdenes pueden atribuirse

ó á la ignorancia de las verdades de la religion, ó á la disipacion del espíritu que las recibe; y así quanta sea vuestra asistencia á oír la palabra santa, tanto serán mayores las esperanzas de vuestro aprovechamiento. La verdad, hermanos míos, que voy á presentaros, es la misma que nos acuerda aquí el Apóstol San Pablo. Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion, como si dixese: la voluntad de Dios es que seáis felices: no penseis que se complace en la muerte del impío: tened entendido que quando le hace entrar en el camino de la salvacion, obra conforme á sus designios. Considerad bien la expresion del Apóstol. No solo dice que Dios permite vuestra santificacion, y que sufre que trabajéis en ella para adquirir su reyno: todavía dice alguna cosa de mas interesante y grande: Dios quiere vuestra salvacion, y á esta voluntad llaman los Teólogos voluntad de amor y complacencia. Uno de los medios que indica aquí el Apóstol para obrar conforme á ella, es el de abstenerse de fornicacion, de manera que sepa cada uno poseer su vaso en santificacion y honor. No necesito

extenderme mucho, hermanos míos, para probar quán opuesto es al Christianismo este vergonzoso desórden que combate el Apóstol en este lugar. Jesu-Christo reprueba hasta el menor deseo, hasta el menor pensamiento; pero veamos á quienes se extiende esta obligacion. El Apóstol se dirige á todos los Christianos: los justos mismos no estan dispensados de la mas exácta vigilancia sobre esta materia. El Apóstol en otro lugar se queja de que el Angel de Satanás, el aguijon de la carne le persigue y humilla: temamos tambien nosotros que una falsa confianza en nuestras buenas obras abra la entrada á un enemigo que no tiene medios mas poderosos que este aguijon.

Este precepto comprehende á todas las edades. Si desde la juventud no hay el cuidado necesario de oponer á esta pasion desgraciada un corazon fortificado con la oracion, defendido con la vigilancia, y sostenido con un temor saludable; todo está perdido. Ella cunde en el corazon como una gangrena, se desliza en él como una serpiente, y entónces establece tan solidamente su reyno, que

ya no es posible arrojarla de él. Este vergonzoso desórden bien diferente de todas las demas pasiones que se amortiguan con los años, y á quienes al cabo domina la razon y la reflexion, hecha de dia en dia nuevas raíces. En cada edad produce nuevos excesos, y hasta en la misma vejez, en la que una extenuacion y abatimiento casi universal de fuerzas hace al hombre tan incapaz del vicio como de la virtud, se ven corazones corrompidos por los mas picantes y desordenados deleytes que exhalan todavía el veneno que los devora, y se hacen con peligrosos equívocos y con la indecencia de su conducta, la piedra del choque y el escándalo de las gentes con quienes tratan.

Esta obligacion de la honestidad toca á todos los estados. Las vírgenes Christianas no deben olvidarse de que la modestia y el pudor son sus mas bellos adornos, y que las acciones que marchitan su inocencia, las llenan de confusion delante de Dios y de los hombres: que quando sus discursos y su porte salen de las reglas de la honestidad, se hacen el escándalo de

los débiles, el objeto del desprecio de los buenos, los auxiliares en alguna manera de Satanás, para seducir y para tentar; de manera que la sola presencia de una jóven que abandona la modestia christiana, es capaz de perder mas almas que nosotros recobramos con nuestros discursos por mas vivos y eloqüentes que sean.

Esta honestidad que pide el Apóstol en las vírgenes, consiste en vivir, segun sea posible, en la separacion y en el retiro; en no freqüentar otras compañías que aquellas en que se observe la mayor decencia; en no conformarse de modo alguno con los usos del siglo; en no adoptar de sus modas y adornos sino las que sean indispensables, segun el estado y la necesidad; y finalmente en no olvidarse que Dios las pedirá cuenta de las almas que hayan perdido no solo por corrupcion y por malicia, sino por imprudencia y por ligereza.

El Apóstol, hermanos míos, no dispensa tampoco á los casados de las reglas de la honestidad. ¡Con qué dificultad se encuentran Christianos en este estado que se acuerden mutuamen-

te como Tobías que son los hijos de los Santos, y que se sirvan de esta consideracion para negarse á ciertas acciones que pueden en alguna manera ofender la santa virtud de la pureza! ¡Quántos esposos se condenan porque se autorizan con este mismo estado para eximirse de estas reglas! La ignorancia seduce á los unos; la flaqueza arrastra á los otros; la pasion cautiva casi á todos; y así viven y mueren en la impenitencia de un pecado que no han conocido, porque han estado ciegos. ¿Seria posible, hermanos míos, que un enlace de que Jesu-Christo mismo es el modelo, y que la Iglesia ha elevado á razon de Sacramento, estuviese dispensado de este precepto del Apóstol, que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificacion y honor?

Este precepto se extiende á todas las circunstancias de la vida. La honestidad debe ser la compañera de un Christiano en todas sus acciones, debe reglar todos sus pasos, presidir sus discursos, y santificar sus placeres mismos. La modestia en los discursos consiste en que nunca salga de su boca una pa-

labra capaz de ofender la delicadeza de una alma pura. El Apóstol ni aun quiere que se nombre este vicio entre los Christianos, porque ellos son santos por vocacion: ¿qué diría de esas palabras equívocas que presentando un doble sentido, dirigen al corazón golpes irreparables? Pero la honestidad no se requiere ménos en las acciones. Un Christiano nunca debe olvidar que es el templo vivo del Espíritu Santo, y que por una sola libertad que se tome en esta materia, incurre en el anatema pronunciado contra los violadores y los sacrilegos. Por consecuencia debe evitar toda amistad demasiado íntima, toda sociedad sospechosa, y todo amor indiscreto.

El Christiano debe también ser puro en sus miradas, y hacer un pacto con sus ojos para no mirar nunca aquellos objetos capaces de interesar la santa virtud de la pureza, separándolos luego que la ocasión y la sorpresa le expongan al menor peligro. Así las compañías poco decentes, las pinturas poco modestas son para él escollos que debe evitar, si quiere ser fiel á las leyes de la modestia.

Casto en sus placeres; debe vencerse el Christiano de que ellos son el medio de que se vale Satanás para introducir el veneno de un vicio tan detestable. Por tanto debe estar en centinela contra esas canciones obscenas, cuya sal consiste en pintar los atractivos del deleite con los colores mas vivos: sus ojos deben separarse de esas lecturas emponzoñadas, dirigidas á que se conozcan, y gusten los excesos de un amor profano: sus pies deben alejarse de esos espectáculos encantadores donde esta pasión vergonzosa reyna como soberana, bien sea en las máximas que enseña, ó en los objetos que presenta.

Santo en sus pensamientos, en sus afectos y en sus deseos, no debe un Christiano, que quiere conservar la santa virtud de la pureza, despreciar ni una memoria, ni una simple idea, ni un movimiento del corazón que sea capaz de debilitarle en esta disposicion: debe por lo mismo temer el menor descuido en esta materia, porque no se necesita mas que un ligero consentimiento para conducirlo á la muerte espiritual, y consumir la reprobacion.

¡ Ah, si pudieseis comprender, hermanos míos, la importancia de estos preceptos! Si consideraseis que vuestras caídas provienen del abandono de estas reglas, tomariais sin duda desde hoy la santa y firme resolución de conformaros á ellas por todos los días de vuestra vida. Yo quisiera, Christianos, que el tiempo me permitiese otras reflexiones para explicar esta Epístola con mas extensión. La comparación que hace aquí el Apóstol entre los Christianos que siguen los deseos desordenados de su corazón, y los hombres entregados á las tinieblas del Paganismo, nos muestra bien que la ceguedad es la consecuencia de este vicio vergonzoso, y la experiencia lo prueba de una manera mas sensible todavía. Este vicio causa el endurecimiento del corazón; y entre las conversiones que la misericordia de Dios obra todos los días en el seno de su Iglesia, las mas raras é inciertas son las de los pecadores que viven encenagados en la incontinencia. La razón de esto es muy evidente, hermanos míos. La justicia de Dios debe sin duda castigar con mayor severidad los vicios que le ofenden mas; y aquel

que ha separado sus ojos de Dios para no ver su magestuosa presencia, merece bien que Dios aparte las miradas de su gracia y su misericordia. Pero todavía hay otra razón que merece atención singular. En las otras pasiones el objeto es casi siempre exterior y mas fácil de huir: en ésta el pecador está continuamente á la presencia de su enemigo que le ataca sin cesar, porque le lleva consigo mismo. Temblad, hermanos míos, si acaso hasta el día habeis tenido la desgracia de vivir avasallados á las leyes de esta pasión vergonzosa; pero no perdais el ánimo. Sin embargo, temed las venganzas terribles que Dios exerce en esta misma vida contra los esclavos de la carne. Temed todavía mas las penas eternas que tiene reservadas á los pecadores que profanan sus cuerpos; pero esperad en la misericordia de un Dios que, como dice el Apóstol, no nos llamó para inmundicia, sino para santificación. Oxalá que una pronta y exácta confesión de vuestros pecados, que la vigilancia mas severa, la separación mas rigurosa de los objetos que os seducen; que una penitencia, una mortificación habitual,

una compuncion interior, y una oracion continua os consigan la gracia de vencer vuestras costumbres, de destruirlas, y de consumir la obra de vuestra conversion. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO.

cap. 17. v. 1. 9.

En aquel tiempo: Despues de seis dias toma Jesus consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el Sol: y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve. Y he aquí les aparecieron Moysés, y Elías hablando con él. Y tomando Pedro la palabra, dixo á Jesus: Señor, bueno es, que nos estemos aquí: si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moysés, y otra para Elías. El estaba aun hablando, quando vino una nube luminosa que los cubrió. Y he aquí una voz de la nube diciendo: Es

de Quaresma.

17

te es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad. Y quando lo oyeron los discípulos, cayéron sobre sus rostros, y tuvieron grande miedo. Mas Jesus se acercó, y los tocó: y les dixo: Levantaos, y no temais. Y alzando ellos sus ojos, á nadie vieron, sino solo á Jesus. Y al baxar ellos del monte, les mandó Jesus, diciendo: No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

INSTRUCCION.

Difícil seria, hermanos míos, entrar en los sentimientos que penetraron á los tres Apóstoles en el momento de la Transfiguracion de Jesu-Christo. Acostumbrados á mirarle como á un hombre pobre y desconocido, y á lo mas como á un Dios humillado y anonadado: instruidos por su propia boca de que no habia venido para mandar, sino para obedecer: disgustados mil veces de

los desprecios que toleraba, y de las contradicciones que ellos tenían que sufrir; fué imponderable su admiracion quando la gloria del Cielo vino de repente á rodearle: quando viéron que resplandeció su rostro como el Sol: que sus vestiduras se pararon blancas como la nieve; y que Moysés y Elías hablaban con él llenos del respeto que exige de los siervos y de los ministros la presencia del Legislador y del Maestro. ¿Quál fué sobre todo su admiracion quando una voz prorumpió estas palabras: este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad?

Entónces la admiracion, la alegría, la confianza y el miedo ocuparon sucesivamente el corazon de estos tres discípulos; y si Jesu-Christo no hubiera cuidado de reanimarlos, se hubieran visto oprimidos baxo el peso de su gloria. Esto es lo que vais á ver en el Evangelio de este dia: vamos al monte con Jesu-Christo: no perdonemos ninguna de las lecciones que aquí nos da; y sobre todo procuremos concebir el gusto anticipado de la felicidad eterna. Prestadme vuestra atencion.

Jesu-Christo eligé hoy particularmente algunos de sus Apóstoles, y no quiere hacer á todos testigos de las primicias de su gloria, como tampoco lo serán de sus tormentos é ignominias. Ahora que sube al monte Tabor, y quando se retire al jardin de las olivas, Pedro, Santiago y Juan serán los únicos que destine para seguirle de cerca. No procuremos, hermanos míos, penetrar la causa de esta predileccion: quizá un amor mas tierno, una fe mas viva, una adhesion mas inviolable habian hecho mas amables estos hombres á los ojos de Jesu-Christo: quizá por este medio queria enseñar á las almas religiosas y christianas, que él se comunica á proporcion que se le ama; y que la sequedad que experimentan en la oracion, mas bien son frutos de su indiferencia y de su tibieza, que efectos de su abandono. Pero sea la causa la que quiera, nosotros podemos decir en honor de los demas Apóstoles que no manifestaron jamas á Jesu-Christo ni sentimiento, ni envidia por esta predileccion tan visible. Asegurados de la sabiduría y de la equidad de su Maestro, trabajaron quanto podian para ga-

nar su corazón sin la menor sospecha de injusticia. ¿No es esta una lección importante para una multitud de Christianos, que bien sea en el orden de la naturaleza, bien sea en el de la gracia, nunca están satisfechos de lo que han recibido: que miran con envidia el bien ajeno, y casi piden cuenta al Señor del empleo de sus tesoros y sus gracias? El orgullo, hermanos míos, es la causa verdadera de esta presunción. Quando el hombre desconfía de sus propios méritos, siempre le parecen superabundantes los beneficios que recibe; y si pide otros nuevos, es con una justa desconfianza, persuadido de que es indigno de ellos por sí mismo. ^{de y enojigil}
 sup Jesu-Christo lleva aparte á estos tres Apóstoles á un monte alto. Notad, hermanos míos, que Dios escoge comunmente los montes para obrar los mas singulares prodigios. Sobre el monte de Moria quiere recibir de la mano de Abraham el sacrificio mas sensible á su corazón: sobre el monte de Sinaí dicta la ley á su Pueblo: el nuevo Isaac debe ser inmolado sobre el Calvario: el monte de Sion debe ser movido por el sopló del espíritu de

Dios; y hoy es el Tabor el que se hace testigo de su gloria. ^{en un del n. l.}
 El Señor quiere por este medio enseñarnos á sentir la distancia que le separa de nosotros; pero quiere instruirnos sobre la profundidad de sus misterios, y enseñarnos que son inaccesibles á nuestra débil razón: quiere hacernos entender, que es preciso ser superiores á la carne y á la sangre quando tratamos de llegar á él. Jesu-Christo descubre á sus Apóstoles en el monte el secreto de su gloria futura; y apenas suben, quando se transfigura delante de ellos, y resplandece su rostro como el Sol, y se paran sus vestiduras blancas como la nieve. ^{de y sobantab n. 120}
 Los Padres de la Iglesia, quando examinan el prodigio que se obra hoy sobre el Tabor, se admiran ménos del resplandor que rodea á Jesu-Christo, que del velo que le ocultaba á los ojos de los Apóstoles en los días de sus humillaciones. En efecto mucho mas le cuesta á este Divino Salvador, dice San Agustín, el contener los rayos de su gloria, ocultar las delicias y la felicidad de que gozaba su alma santa en el curso de su vida mortal, que no le cues-

ta manifestarla ahora sobre el monte. En las mismas humillaciones y dolores de su Pasion no ha cesado Jesu-Christo de gozar de la bienaventuranza esencial á su divinidad; y toda la diferencia que se halla entre la gloria del Tabor y la ignominia del Calvario, es que Jesu-Christo obscurece aquí su gloria para no dexar entreveer sino el hombre de dolor; y en el Tabor aparece sin esfuerzo alguno como el Hijo amado y el objeto de las delicias del Padre. Jesu-Christo se transfigura para que sus Apóstoles entrevean anticipadamente las felicidades que reserva á sus humillaciones, sus trabajos y tormentos; y como estan destinados á beber su cáliz, los anima con la certidumbre de las recompensas.

Los tres Apóstoles parece que desde luego entran en sus miras; y mostrándose atentos al espectáculo maravilloso de sus grandezas, no pierden de vista ninguna de las circunstancias de este milagro. Ellos conocen á Moysés y Elías que hablan con Jesu-Christo; pero demasiado carnales todavía para comprehender el objeto de esta aparicion, no saben que estos dos hom-

bres los mas distinguidos de la ley antigua vienen á rendir el homenaje debido al Legislador de la ley nueva, y á dar un testimonio de la diferencia y la superioridad del Testamento nuevo: que Moysés, Ministro de una ley de muerte, viene á someter la letra que mata al espíritu que vivifica, las sombras á la realidad, el miedo al amor, el carácter de esclavitud al espíritu de adopcion, la insuficiencia del Decálogo á la perfeccion que Jesu-Christo le ha de dar; y que Elías, el Padre de los Profetas, viene á reconocer, á confesar y adorar al que es el objeto y el fin, el principio y el término de todas sus predicciones.

Los Apóstoles no llevan con efecto tan adelante sus pensamientos. Llenos de los consuelos que experimentan, por mas limitados que fuesen en sí mismos, se aficionan á ellos, y no piensan ni en los trabajos que Jesu-Christo les destina, ni en la gloria inefable que les reserva: y así tomando Pedro la palabra, dixo á Jesus: Señor, bueno es que nos este- mos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moysés y otra para Elías.

Si nosotros, hermanos míos, consultamos las disposiciones de nuestro corazón, no podrémos condenar la súplica que hace hoy el Príncipe de los Apóstoles; porque si nos hubieramos hallado en su lugar, hablaríamos sin duda de la misma manera. Así no vemos que Jesu-Christo le reprehenda; pero comparando esta petición de Pedro con la conducta de Jesu-Christo, nos manifiesta toda su indiscreción. Sí, Christianos, con ménos fundamento que este Apóstol, imitamos su adhesión á los bienes presentes y sensibles. En efecto, un bien estar que nos pone al abrigo de la indigencia, un puesto honroso, un empleo lucrativo, los hijos, la muger, los amigos, ménos que todo esto, algunas esperanzas de engrandecimiento y de fortuna, son bastantes para fixar y apegar nuestro corazón á la tierra; y si quando el Señor quiere sacarnos de ella, se dignase escuchar nuestros deseos, le diríamos con mas eficacia que Pedro: Señor, bueno es que nos estemos aquí. ¡ Ah, Christianos! ¿acaso sabeis lo que os pedis? Las comodidades que disfrutais, la ninguna necesidad que teneis, la atencion, el amor y el respeto que

exigís de los demas hombres, ¿son causas suficientes para ese apego que tenéis al mundo? ¿Pensais que no hay en otra parte paz y felicidad sólida? Sí, Christianos, de esta manera son vuestros discursos: y así estais muy distantes de sentir como el Profeta la duracion del destierro, porque quisierais que fuese eterno.

Pedro estaba todavía muy ocupado en la idea de establecer en el Tabor á Jesu-Christo, quando le cubre una nube luminosa, y oye una voz que decía. Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad. Entónces fué quando los Apóstoles empezaron á penetrar el misterio que se obraba á su vista: en este instante conocieron lo que no habian comprendido ántes: á saber, la asombrosa diferencia que habia entre Jesu-Christo, Elías y Moyses. Este es mi Hijo. Los otros habian sido llamados los siervos y los ministros, y no habian sido enviados á Israel sino como sus precursores; y así la voz calla en quanto á ellos. Este es el amado. Moyses y Elías fueron amados de Dios; y habiéndose dignado aprobar su fidelidad, hon-

ró su zelo, y recompensó sus virtudes extendiendo su misericordia al punto de hablar con ellos con la familiaridad de un amigo; pero todo este afecto fundado sobre la conformidad mas perfecta, no convenia sino al Hijo. En una palabra, los Judíos tenian la obligacion de escuchar á Moysés y los Profetas. Dios miraba como un ultrage personal, y una injuria hecha á su poder el desprecio que se hacia de sus siervos, autorizados para intinar sus órdenes á toda la Judea; pero delante de Jesu-Christo calla el universo entero. Moysés dexa de publicar las ordenanzas de otra ley de servidumbre y de muerte delante del Legislador de la ley de la libertad, y de la gracia: Elías ya no profetiza á la presencia de aquel para quien la obscuridad de los tiempos nada tiene de secreto y de oculto, porque su reyno no debe tener fin. El silencio de estos dos grandes hombres á la vista del nuevo Doctor es el primer homenaje que se debe á su autoridad, y el modelo de la atencion que tiene derecho de exigir de todos los siglos. Sí, hermanos míos, tenemos necesidad absoluta de escuchar á Jesu-Christo. Si alguno quiere enseñar sin ser depositario

de su autoridad, y estar revestido de su mision, es un ciego que solo puede formar otros ciegos y precipitarlos en el abismo. Por tanto es indispensable oír su voz ántes de enseñar su palabra: debemos escuchar á Jesu-Christo, y alimentarnos habitualmente de su palabra santa: instruirnos de las máximas de su Evangelio: meditar todos los dias este libro precioso; y conformar á él nuestras costumbres. Debemos escuchar á Jesu-Christo: es decir, prestar á sus Pastores y Ministros el oído mas atento y mas dócil, reconocer la legitimidad de su mision por la prontitud de nuestra fé, y caminar llenos de confianza en pos del resplandor de la antorcha que presentan. Debemos escuchar á Jesu-Christo: es decir, desconfiarnos de todos los que se sientan en la cátedra de la pestilencia, y aun quando para seducirnos mejor se transformasen en Angeles de luz, debemos acordarnos que no hay mas que una fé, cuyo principio es Jesu-Christo, y un Evangelio de que Jesu-Christo es el Autor: que todo Doctor que se sale de esta regla invariable, mas que sea un Angel baxado del Cielo, segun la ex-

presion del Apóstol, no merece confianza ni crédito alguno; porque desmiente la doctrina, y contradice los oráculos del Supremo Hacedor. Debemos escuchar á Jesu-Christo, con relación sobre todo á la reforma de costumbres; porque su moral se ciñe particularmente á esta materia: es decir, que se han de adoptar esos principios de abnegacion, de mortificacion, y de penitencia, de que nos ha dado tantas lecciones y exemplos; que debemos llevar su cruz, y buscar, ó á lo ménos sufrir las humillaciones y los trabajos diciendo, anatema: á las falsas alegrías, á los consuelos criminales del siglo, porque sus exemplos sobre todos estos puntos nos hablan un lenguaje que no podemos desconocer: en fin, debemos escuchar á Jesu-Christo, aun quando hable de una manera opuesta, al parecer, á la caridad y á la sangre; y hacer callar desde entónces el espíritu de envidia y de division, el espíritu de orgullo y de amor propio, el espíritu de resentimiento y de venganza: en una palabra, debemos huir de toda pasion que ciegue el corazón, ó le haga sordo á la voz que el Padre nos

manda escuchar. No intento, hermanos míos, hacer un exácto analisis de la doctrina de Jesu-Christo, porque es demasiado extensa para sujetarla á un discurso; pero sí acordaros que el precepto que nos da hoy no sufre restriccion ni reserva alguna: es preciso, pues, escuchar á Jesu-Christo en todo tiempo, y siempre que nos hable, de qualesquier naturaleza que sean las verdades que nos dicte.

Pero los Apóstoles, ¿qué hacen á la vista de este nuevo espectáculo? Acaso prosiguen pidiendo á Jesu-Christo que fixe sobre el Tabor una morada permanente? No, hermanos míos: poco acostumbrados á oír la voz del Señor, cayéron sobre sus rostros, y tuviéron grande miedo. El corazón del hombre tiene siempre, Christianos, alguna cosa de incomprehensible. En un instante se le ve pasar de la confianza al miedo, y en el mismo momento sucede la desconfianza mas justa á la presuncion mas irracional. Como estais inclinados siempre ácia el exceso, no podemos jamas persuadirnos que estos dos extremos son infinitamente peligrosos; pero que se pueden templar y arreglar el uno por el

otro. Si para ganar los grandes pecadores, les describimos y explicamos la misericordia de nuestro Dios: si les decimos para animarlos que su paciencia sobrepuja á su justicia: que su misericordia le inclina á disimular sus faltas: que un instante de arrepentimiento, de amor y de confianza basta, quando es vivo y sincero, para poner á cubierto á sus ojos una vida llena de desórdenes y de crímenes: si les hablamos, en efecto, de esta manera, la presuncion se apodera de su corazon criminal: no bien han dado un paso para su conversion, ni hecho otra cosa que suspender algun tanto sus relaxadas costumbres; quando ya se creen firmes é inalterables en el camino que conduce á la santificacion. Este es el primer exceso; pero hay otro opuesto á él que todavia es mas deplorable, y es el de esas almas tímidas y pusilánimes que se atemorizan de todo, y nunca se creen seguras. Si les representamos la justicia de Dios en todo su rigor; su cólera implacable contra el pecado; los grandes castigos que ha dado á los pecadores; el deleyte y la sensualidad vengados en la otra vida con tormentos incompre-

hensibles; la muerte siempre amenazante, y casi siempre imprevista; los juicios de Dios capaces de hacer secar de miedo al justo mas firme en la virtud; todas estas pinturas los desalientan y acobardan: abandonan la conversion, porque les parece imposible; y como los Apóstoles, caen sobre sus rostros al oír la voz del Cielo.

Sin embargo es evidente, hermanos míos, que la justificacion exige así el temor saludable que detesta el pecado, y teme sus conseqüencias, como la confianza filial que engendra la caridad en el corazon, y que dice en el fondo de una alma christiana lo que Jesu-Christo dixo á sus Apóstoles para animarlos. Levantaos, y no temais: y alzando ellos sus ojos, á nadie viéron sino solo á Jesus: y al baxar ellos del monte, les mandó Jesus, diciendo: no digáis á nadie la vision hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Los Padres de la Iglesia, tratando de explicar estas palabras, dicen que la orden que intimó Jesu-Christo á sus Discípulos se dirigia á enseñarlos la necesidad de que precediesen los combates á la victoria, los trabajos al salario, los méritos á la re-

compensa, y las humillaciones á la felicidad y la gloria. Jesu-Christo quiere que testigos de sus persecuciones y su muerte, no dexen de pensar en la necesidad de seguirle en el penoso camino que les traza ántes de sentarse con él en el reyno que les prepara. Nosotros, hermanos míos, según la repugnancia invencible que manifestais para los trabajos de esta vida, debemos inferir que todo vuestro fin es destruir el órden: que quisierais ser felices sin tener estos trabajos: que desde luego renunciáis la felicidad que no se puede adquirir sino por este camino; y que os pareceis á muchos Christianos insensatos que no renuncian al Cielo, sino que se retiran de él en la práctica.

Acabo, mis hermanos, con una pregunta que nace de este Evangelio. Decidme ¿si el Cielo se abriese ahora á vuestros ojos para dexar salir un rayo de la gloria que se goza en él: si este altar rodeado de una nube luminosa se convirtiese por un instante en la imágen del Tabor, de suerte que Jesu-Christo se dignase manifestarse á vosotros con ese gran resplandor que trans-

porta el corazón de los Apóstoles, ¿pudierais los mas insensibles serlo á este espectáculo? Pero si Dios se dignase extender entónces su misericordia hasta persuadirnos que este rayo no manifiesta sino debilmente una felicidad que no es posible comprehender: que un torrente de deleytes, que un rio de delicias no tiene proporcion con tan débil imágen; y que esta felicidad que no se comprehende ni se manifiesta, es vuestra recompensa y vuestro término; ¿serian vuestros deseos tan frívolos y estériles como lo son? ¿Prefeririais la menor fortuna de la tierra á los bienes sólidos del cielo, ó conservaríais la esperanza de poseerlos sin poner diligencia alguna para adquirirlos? El Dios del Tabor y del Calvario nos va, Christianos, á dar la importante leccion de lo que debemos hacer. ¿Podeis beber el cáliz que yo beberé? Como si dixese: ¿teneis el espíritu de sumision y de valor que no mira á los trabajos y á las aflicciones sino como medios de salud, y efectos de la voluntad del Señor? ¿Teneis todo el desprendimiento de las cosas terrenas que se requiere para imponer silencio al orgullo, á la insen-